

↳

#E.L.A

Hela



JOSE ANGEL CONDE

Primera edición, 2015

© José Ángel Conde, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-6-7



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskeediciones@triskeediciones.es

www.triskeediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Sabiendo nada más que vivir es estar a solas con la muerte

Luis Cernuda



EL CABALLERO OSCURO

Dar un rostro a la amada. Busqué la divinidad y estoy a las puertas del Infierno. Caer... aún puedo seguir cayendo... Aún a través de las llamas, he de tener una meta: ¡Hay una senda hacia el Cielo!

"Parzival"

Wolfram von Eschenbach



GEISER

No puedo levantarme.

Es muy posible que lleve horas así. No lo sé. La capacidad para percibir el tiempo y el espacio se resiente notablemente cuando no puedes ni ver, ni oír, ni moverte. Tan solo puedo pensar de una forma abstracta, poco concreta. Siento (si es que se le puede llamar sentir) como si no controlara nada y alguien pensara por mí. Las ideas rebotan como pelotas contra un frontón.

Rebota una y otra vez el recuerdo de las últimas veces que había sentido de forma parecida. Entonces todo se paralizaba al pensar en su ausencia, en su desprecio. Entonces tenía que activar la máquina como fuera, metiéndome todo el carburante posible. Pero nunca hasta este extremo.

No siento dolor.

No siento ninguna sensación en absoluto. Estoy completamente desconectado. No tengo ninguna prueba de que algo me una al mundo habitual o a cualquier otro sitio o estado. Ni vivo ni muerto. Esta vez la máquina se ha paralizado por completo. Casi no tengo ni ecos de ella, de la persona origen de mi estado.

Segundos antes de encontrarme de esta forma en la que no me encuentro de ninguna forma, seguramente habría tenido su imagen como una foto fija en mi cerebro. Nunca me deja en paz. Cualquier cadena de pensamientos que inicie acaba inevitablemente a sus pies. La muy puta siempre aparece incluso cuando mi mente se pone en negro. Aún así la veo. Su forma acaba siempre surgiendo de la

oscuridad. Por eso he hecho de mi cuerpo un sumidero para todo tipo de sustancias. Ahora es una fosa común para cadáveres narcóticos con el fin de enterrar a aquella que ya debía haber enterrado hace mucho tiempo. Pero se ha mantenido viva como una imagen de la que no puedo librarme.

Pero en este estado no puedo verla. Tan sólo puedo oler. La maquina se ha...

Huelo un coño pulverizador desprendiendo suaves gotas y ráfagas de polvo de hada casi microscópicas cada vez que sus labios se frotan al andar – La calle me aplasta las sienes como un callejón de carne enfurecida abofeteándome con olor a basura y a contenedores destripados y no puedo moverme para devolver el golpe del estiércol urbano y alimentos putrefactos – La lluvia se mezcla con el olor caliente de la entrada de su útero igual a una gabardina – Alguien está intentando poseerme – Las guitarras de la polución y el metano violento no dejan de sonar como ruido de fondo – Se agacha y puedo sentir su olor más cerca y profundo – La música de la ciudad me encierra en este cubículo y me da órdenes y llena mi pensamiento de interferencias volviéndose líquido y humeante – Su olor es salvaje el azufre de un leopardo en celo deseando luchar con su sexo – Una garra me oprime el estómago y su dueño no es ella pero es igual de excitante – Me pone la mano en el pecho y me sacude con suavidad – “¿Te encuentras bien?” – Los motores son como buitres picando en el oído – “¿Puedes oírme?” – No parece ella – Su olor es como un temporal de humedad estática con mezcla de sudor de animal y tierra mojada – No deja de llover – Mi ojos giran contra el viento y atraviesan los granos acuosos y el acetato de la foto de la lluvia para ver detenido el

origen del huracán afrodisíaco que emanan sus feromonas desde un horno femenino – El monstruo no me da ningún miedo y quiero follármelo para llegar hasta sus escamas, su aliento insoportable y sus colmillos asesinos siempre escondidos a los ojos de los simples – Sus piernas son grandes llenas y fuertes como las de la gigante de Baudelaire, columnas de carne que sostienen el templo caliente de su coño melena que se extiende como un fuego y un bosque y su cuerpo robusto enfundado en una chaqueta y una falda corta marrón claros con blusa crema sobre grandes tetas de nata, los muslos queriendo estallar mientras me palpa en cuclillas y veo el centro de su cuerpo escondido en sus bragas, una vulva que también va a estallar abriéndose paso en pequeños trozos de vello – Ella no era tan fuerte — Mi mano se dispara hacia su centro mientras yo sigo inmóvil y los dedos notan un temblor que hace chorrear pequeñas gotas de humedad caliente – Siento el frío del exterior rodeado y mojado por el orín de la lluvia y que no me deja moverme congelado y necesito calor – Quiero meterme dentro – Abre las piernas y salto hacia sus fauces mordiendo con fuerza a través de la tela olas de sabor femenino mordiendo y arrancando tela tragando ropa hasta abrirla a su carne desnuda mordiendo su aliento olor orina y mar suave mordiéndonos fauces contra fauces, las mías duras las suyas suaves, pero tóxicas impidiéndome el paso un coño jaguar – Tengo que entrar – El frío se coagula en nuestras pieles tras la lluvia y ella se echa hacia atrás quitándose el sujetador y la lluvia con un duro sonido al rebotar empapando sus duras tetas mientras me agarro con dureza a sus pezones intentando hacer palanca para entrar, la giro una y otra vez buscando el agujero de su culo el agujero de su coño, todos sus agujeros mezclado en una tempestad de lluvia de flujo vaginal, de sudor – ¡Hace frío y quiero entrar! –

Danzamos, bailamos de un lado a otro, levantándonos, cayéndonos, arrastrándonos, estrellándonos contra el cristal de una cabina telefónica, chapoteando, metiendo los dedos por delante, por detrás el puño, la cabeza sacudiendo y moviendo hacia los lados su culo y su cuerpo fuerte sobre los cristales untándolo en la pomada de su sangre mordiendo su vello cada vez más teñido de rojo oscuro y sorbiendo con la nariz y la lengua el olor a plasma que cubre toda su entrepierna — ¡!!!QUIERO ENTRAR!!!! – Entro metiendo la cabeza con fuerza y un mar de sangre me ahoga saliendo a presión hacia el exterior, almohadas de vísceras me aprietan, me rodean, está muy caliente, demasiado, me asfixia y me ahoga el olor y el sabor a azufre el humo de carne cocinada quemando mis narices y sigo avanzando apretando y moviendo la carne, metiendo manos, brazos, tórax, buscando respirar, entrar, calentarme, la carne y las tripas se revuelven y se mueven en todas direcciones intentando aplastarme, yo me abro paso, grito, y todo explota – Estoy fuera otra vez – Mi cuerpo está desnudo y caliente de sangre, pero solo durante unos segundos hasta que la lluvia me limpia o me ensucia – Estoy rodeado de trozos de carne, intento calentarme frotándolos contra mi cuerpo, senos, nalgas, lamo, lo que queda de su vulva – Corro a toda velocidad por charcos enormes y ruidos hostiles mientras la lluvia limpia la sangre de mi cuerpo y tengo cada vez más frío.

No puedo levantarme. Es muy posible que huela un coño pulverizador que desprende suaves gotas y no lo sé. La capacidad para percibir el tiempo y ráfagas de polvo de hada casi microscópicas, cada vez que el espacio se resiente notablemente sus labios se frotan al andar. La calle me aplasta las sienes como un callejón de carne enfurecida cuando no puedes ni ver, ni oír, ni moverte. Tan solo puedo

pensar abofeteándome con olor a basura y a contenedores destripados y no puedo moverme de una forma abstracta, poco concreta.

Siento para devolver el golpe del estiércol urbano y alimentos putrefactos. La lluvia (si es que se le puede llamar sentir) se mezcla con el olor caliente de la entrada de su útero como si no controlara nada y alguien pensara por mí igual a una gabardina. Alguien está intentando poseerme. Las guitarras de la polución y las ideas rebotan como pelotas contra el metano violento, no dejan de sonar como ruido de fondo. Se agacha y puedo sentir contra un frontón su olor. Rebota una y otra vez más cerca y profundo. La música de la ciudad me encierra en este cubículo el recuerdo de las últimas veces que me da órdenes y llena mi pensamiento de interferencias volviéndose líquido y humeante.

Su olor había sentido de forma parecida. Entonces es salvaje, el azufre de un leopardo en celo deseando todo luchar con su sexo. Una garra me oprime el estómago y su dueño se paralizaba al pensar en su ausencia no es ella pero es igual de excitante en su desprecio. Entonces me pone la mano en el pecho y me sacude con suavidad. Tenía que activar la máquina como fuera. “¿Te encuentras bien?”. Los motores son como buitres metiéndome todo el carburante posible. Picando en el oído pero nunca hasta este extremo. “¿Puedes oírme?”. No siento dolor. No parece ella. Su olor es como no sentir ninguna sensación en absoluto. Un temporal de humedad estática con mezcla de sudor de animal y tierra mojada.

No deja de llover. Estoy completamente desconectado. Mis ojos giran contra el viento y no tengo ninguna prueba de que algo me una contra el viento y atraviesan los granos

acuosos y el acetato de la foto de la lluvia para ver detenido al mundo habitual el origen del huracán afrodisíaco que emanan sus feromonas o cualquier otra cosa. Ni vivo ni muerto. Desde un horno femenino. Esta vez el monstruo no me da ningún miedo y quiero follármelo para llegar hasta sus escamas. La máquina se ha paralizado por completo. Su aliento insoportable y sus colmillos asesinos. Casi no tengo ni ecos de ella, siempre escondidos a los ojos de los simples. Sus piernas, de la persona origen de mi estado, son grandes, llenas y fuertes como las de la gigante. Segundos antes de Baudelaire columnas de carne que sostienen de esta forma en que no me encuentro el templo caliente de su coño melena que se extiende como un fuego y de ninguna forma seguramente habría tenido un bosque y su cuerpo robusto enfundado en su imagen como una chaqueta y una falda corta marrón claros con blusa crema sobre una foto fija en mi cerebro. Grandes tetas de nata, los muslos queriendo estallar. Nunca me deja en paz mientras me palpa en cucullas y veo el centro del cuerpo escondido en cualquier cadena de pensamientos que inicie acaba inevitablemente en sus bragas, una vulva que también va a estallar a sus pies, abriéndose ya paso en pequeños trozos de vello.

Ella no era tan fuerte. La muy puta siempre aparece incluso cuando mi mano se dispara hacia su centro mientras yo sigo inmóvil y los dedos notan un temblor que hace chorrear pequeñas gotas de humedad caliente. Mi mente se pone en negro. Siento el frío del exterior rodeado y mojado por el orín de la lluvia y aún así la veo. Su forma que no me deja moverme congelado y necesito calor. Quiero meterme dentro. Abre las piernas y acaba siempre surgiendo de la oscuridad y salto hacia sus fauces

mordiéndolo con fuerza a través de la tela. Por eso he hecho de mi cuerpo olas de sabor femenino mordiéndolo y arrancando tela, tragando ropa hasta abrirla a un sumidero para todo tipo de sustancias.

Su carne desnuda, mordiéndolo su aliento olor orina y mar suave, ahora es una fosa común mordiéndonos fauces contra fauces, las mías duras las suyas suaves pero tóxicas para cadáveres narcóticos, impidiéndome el paso un coño jaguar. Tengo que entrar con el fin de enterrar a aquella que el frío ya debía haber enterrado. Se coagula en nuestras pieles tras la lluvia y ella se echa hacia atrás hace mucho tiempo. Pero se ha mantenido viva quitándose el sujetador y la lluvia con un duro sonido al rebotar empapando sus tetas como una imagen de la que no puedo librarme. Mientras me agarro con dureza a sus pezones intentando hacer palanca para entrar, la giro una y otra vez pero en este estado no puedo verla. Tan solo puedo oler buscando el agujero de su culo, el agujero de su coño, todos sus agujeros. La máquina ha mezclado en una tempestad de lluvia, de flujo vaginal, de sudor. ¡Hace frío y quiero entrar!



GÁRGOLAS EN LA CABEZA

La quiero olvidar.

No quiero volver a acordarme de ella; así de fácil. Ni siquiera me voy a preguntar por la causa de este olvido. ¿Cómo voy a hacerlo si a partir de este segundo no quiero ni tener conciencia de haberla conocido alguna vez? Y eso es lo extraño. Porque ella ha sido lo único, más allá de los típicos clichés de película romántica empalagosa. No soy ningún gilipollas de esos que lloran en el cine y luego salen con treinta tías a la vez. Sé que suena a ese tipo de basura, pero es que no encuentro otra forma mejor de decirlo: en un sentido totalmente práctico, no tenía otra cosa más que ella.

Podría hacer un resumen de todas las cosas que tenía y llegar siempre a la misma conclusión. De hecho lo hacía. Apenas tenía dinero, ni deseos de conseguirlo. Cuando terminé mis estudios audiovisuales no tenía más interés que aplicarlos para mi propia supervivencia: una casa donde vivir, algo que comer, vicios con los que poder liberar mi cerebro. Esos eran mis deseos. Aunque más bien se podría decir que apenas tenía deseos. Ni siquiera los tengo ahora.

Tampoco me he encontrado demasiado interesado por lo que pudiera ofrecerme la compañía femenina. Nunca la he

buscado premeditadamente. Siempre me ha resultado difícil aguantar a las mujeres, nunca me han interesado sus inanes preocupaciones sobre ropa y hombres, ni su eterno juego de falsedad y provocación. Todo eso me resulta aburrido y animal. Aunque los animales no suelen ser hipócritas... Me refiero a ese cinismo implícito en atraer y calentar a alguien por el mero hecho de hacerlo, sin buscar otra cosa que el placer en la humillación. No me gusta que jueguen con mis sentimientos. Rompería sus narices, pero no acostumbro a exteriorizar nada. Me sonaban todas a fotocopias, demasiado corrientes y manipuladas para soportarlas. Por supuesto que siempre hubo algún escarceo sexual, pero más bien escaso y siempre ayudado por una cantidad de alcohol suficiente para matar la timidez y eliminar el tortuoso trámite de la conversación con un calamar. No hay otra forma. Siempre he preferido estar solo, no hablar con nadie que sometiera a juicio cada uno de mis movimientos. Pero apareció ella e inmediatamente tenía algo, sin buscarlo, acariciándome, hablándome, escuchándome, sin que yo la hubiese llamado, sin haberlo pedido en absoluto...

Todo ha ido en picado desde que se acabó. Aquí ya no paso de conseguir más que trabajos de mala muerte, a cada cual peor pagado. Me ha abandonado la inspiración.

Creo que es este aire, este vapor de metano que no te deja ni respirar. Los vikingos tardaron cincuenta años en

colonizar el país. ¿Para qué? Llamaron a su primer asentamiento Reykjavik. *Reykja* significa humo en islandés. “Bahía de humos”. El humo no es nada, es el resto de algo que ya se ha quemado o que se está quemando. La gente viene aquí buscando grandes espacios naturales y “aire puro”. Esto es grande, sí, y salvaje, sí, pero también lo es el interior de un géiser, y el aire de un géiser es cualquier cosa menos respirable. El país sigue viviendo las consecuencias de la última erupción masiva de los volcanes del norte. El Vestmannæyjar aún sigue expulsando humo. Pronto le seguirá el Hekla. Y el temporal de nieve y la oscuridad lo empeoran aún más. Es como si el país estuviera lleno de gas, como si el cielo de Islandia fuera de metal, siempre gris, como alicatado por una neblina, un vapor que se hubiera hecho sólido. Ese vapor lo impregna todo: los edificios, las personas, las plantas, los animales, los desodorantes... Nos atonta, nos hace andar como volutas de humo llevadas por el viento, sin dejarnos decidir, solo acción sin pensamiento, sin opiniones, sin quejas... Una sociedad hueca y llena por completo de vapor contenido. Los geólogos deberían buscar ahí la explicación de la actividad volcánica de Islandia: es la mierda que sale del interior. Sin duda vivimos entre ventosidades.

Pero yo me voy. Por fin voy a salir. No tengo nada que hacer aquí. Ya no es mi sitio.

Ya no consigo colocar mis fotos en ninguna parte. El mercado del diseño estaba dominado por el mundo del disco, así que el panorama se hundió cuando Björk y compañía se marcharon a hacer “vanguardia” con las compañías inglesas. No les censuro; es la única forma de librarse de los impuestos de esta Unión de mierda... De eso y de la *Nueva Ley de Espectáculos*. La gente como yo no podemos salir: no tenemos dinero para hacerlo.

Así que hasta ahora todo se ha reducido a la supervivencia. Sólo he podido sacar billetes trabajando en alguna boda luterana de clase media aspirante. Lo justo para pagar un piojoso alquiler y recobrar los gastos del equipo. Pero nunca he estado dispuesto a trabajar como estibador o ballenero, como cualquier hijo de vecino. Yo no he venido a este mundo a recibir gritos de barbudos mongoloides que huelen a pescado y golpean a los esquimales.

Así que he tenido que encerrarme en mi (el que fue nuestro) piso, asqueado de todo.

Salía muchas veces a buscar trabajo. Casi cada día, uno detrás de otro. Me recorría las empresas una a una, dejando los clásicos e infantiles curriculum, buscando más empresas aún en periódicos, en internet... A veces era como hacer una expedición arqueológica, llegando a barrios desolados y muertos que no había visto en mi vida, a productoras que ya no existían... Era como reconstruir

civilizaciones antiguas. No servía de nada. Solo consistía en llenar el tiempo. Escuchando siempre la misma respuesta que se oye en el mundo civilizado como un coro simultáneo: "*Ya le llamaremos*".

El ocio de mi desempleo me ha provocado, inevitablemente, demasiadas horas libres. Aburrimiento. La peor sensación de las posibles, mucho peor que morir en una cruz. Un vacío absoluto de ideas, de inclinaciones, que se retroalimenta una y otra vez con cada pensamiento. Pensamiento inútil, pensamiento cíclico.

Procuraba dormir muchas horas para no tener que vivir... pero no podía estar todo el día durmiendo.

El aburrimiento me ha hecho pensar en mi situación constantemente. No hay manera de luchar contra esas cosas cuando no tienes nada que hacer. Tampoco he estrujado demasiado mi cerebro para encontrar qué hacer. No quería pensar. No lo he hecho. Así que he empleado el tiempo en salir a la calle y dejar que el dinero condujera mis posibilidades de diversión.

He entrado en todos los bares de Reykjavik que he podido y me he gastado el poco subsidio mensual que tenía en reventarme el hígado con alcohol. Casi siempre he bebido solo. No me suelen interesar las conversaciones de otros borrachos. Siempre hablan de sí mismos y nunca te quieren escuchar. Así que dejaba que mis sentidos se desordenaran en paz hasta que afloraban a mi cabeza los

inevitables sentimientos reprimidos de desamparo y soledad. Entonces se necesita abrazar y besar a alguien. Esto se traduce en follar, y en ese estado etílico la idea de ligar o hablar con alguien se me hace repulsiva y tan solo queda la opción de pagar. Dicen que en Estocolmo es más barato. No sé, normalmente no me queda dinero y llego a casa como puedo para desplomarme acto seguido en la cama. Si todavía me ha quedado algo en el bolsillo me he ido al final de la noche en un estado casi sonámbulo al último recurso abierto de las casas de alterne del puerto...

Pero ella no se ha ido en ningún momento. Incluso en su ausencia, siempre ha querido y ha conseguido destrozarme. Sin siquiera estar delante, desde que se fue no se ha ido en ningún momento. Ha sido como un demonio que se jacta del dolor causado en el momento que viene a cobrar el alma que le has vendido.

Ha salido a mi encuentro todos los días en mi (nuestro) piso de la calle Hveralund. Llené el cochambroso piso alquilado del sinfín de fotos tuyas que he conservado solo para automutilarme. Siempre he querido esas fotos lo mismo que a ella... de hecho son ella más que ella. Se las tomé en todas las posturas, en todas las actitudes, vestida de todas las formas. Recuerdo que deseaba hacer una especie de diario fotográfico, un estudio casi científico de sus posibilidades físicas, gestuales, anímicas. A ella le parecía gracioso al principio, incluso excitaba su vanidad,

pero con el tiempo huyó de mi cámara. Su foto favorita era una en la que aparecía tumbada de frente, en un marcado claroscuro, mirando a cámara desnuda y con las piernas ligeramente separadas. La forma en que tenía levantada la cabeza, entre los plenos pechos, hacía que ésta se colocara justamente encima de su rizado y velludo sexo, que estaba en primer plano, de forma que parecían dos cabezas de la misma persona, una encima de otra. Lo que nunca me gustó fue el gesto ausente y fijo que tenía en ella.

Sus fotos han llenado las paredes y el suelo. He saciado mis besos con el contacto contra su papel de acetato. Me ha abofeteado entre sueños y se ha posado en mi cabeza insoportable como una gárgola de piedra cuando he andado solo por las calles. Conseguía borrar las caras de las personas y el gris de la ciudad, y dejaba en su lugar su cara, de frente, detrás, alrededor, en lados.

En algunas de mis noches de mayor borrachera, he llevado mi cámara fotográfica siempre conmigo, buscando el rostro que coincidiera con el suyo; solo así he llenado varios *books* con fotos de prostitutas. Intentaba hacer una especie de pastiche con ellas que diera como resultado su rostro. Incluso a veces he intentado deformar las imágenes con la ampliadora para crear la ilusión de que follaba con ella, manipulando texturas y formas en el revelado. Otras veces me valía del encuadre y retrataba mis polvos

cortando las caras, colocando la cámara en el suelo o escondiéndola en el techo...

Pero para lo único que han servido ha sido para darme unos cuantos billetes con los que mantenerme una temporada, al colocarlas en algunas revistas de porno *gonzo* y casposo, como *Enemastore* o *Glamourus pinnus*. El sexo vuelve a recuperarse poco a poco como mercado en Escandinavia, pese a los intentos de censura de algunos partidos socialdemócratas. Hay mucho dinero que ganar, y eso lo saben muy bien los empresarios extranjeros que están invirtiendo en porno. Yo también lo sé muy bien. Es el incentivo perfecto para abandonar esta isla de detritus. Eso y la oferta de trabajo que me ha llegado desde Helsinki. Así que todo lo que me queda de mis "trabajitos" me lo pienso gastar hoy. Hoy pienso gastarme todo lo que me quede de aquí, aunque sea necesario quemar mi memoria.

Lo primero que hago es desayunarme la botella de vodka Stolichnaya que queda en el armario con un croissant.

Hoy me he vuelto a despertar con zumbido de oídos. Estoy harto de tener siempre esos malditos tapones de cera. La presión y el frío no me ayudan nada. Pero no pienso lavarme la cara o la cabeza, o darme ningún tipo de ducha. Tengo otras cosas que lavar. Y aunque la calefacción de este piso sea una mierda, no tengo frío, así que tampoco pienso vestirme por ahora.

Ya es el momento de arrancar todas sus fotos de las paredes...

Entregué ayer las llaves del piso a la dueña y me ha dejado poco tiempo para desalojarlo hoy, pero pienso hacer lo que tengo que hacer con mucha calma, así que las arranco despacio pero sin recrearme en mirar ninguna, dejándolas caer directamente al suelo. Sus tripas. Sangran. Luego las barro junto con las fotos que ya estaban en el suelo y las que he sacado de los cajones para juntarlas en un montón dentro del cuarto de baño. Con el cogedor las voy introduciendo a paladas dentro de mi minúscula bañera.

Después de cagar con dificultades un poco de mierda líquida de mal color, me pongo mi ropa oscura y bajo a la calle en medio de una pequeña nieve. Me despeja un poco. Compró una lata de aceite para coches en la gasolinera de al lado.

Una vez arriba, vació la lata como si fuera un combinado sobre la pila de fotografías y le prendo fuego con el par de cerillas que aún me queda en la cocina. De la bañera brota una llamarada enorme con un fogonazo que me hace caer de espaldas. Pronto todo el cuarto se llena de humo negro y no puedo respirar, pero se acabó. Me levanto como puedo, medio mareado, y salgo a toda velocidad. Cuando termino, el humo ha llegado al detector de humos del salón y empieza a pitar como loco. El sonido me presiona el tímpano y los putos oídos se me taponan más que antes.

Cojo la mochila, me la pongo a la espalda casi cayéndome. Salgo fuera del piso y bajo a trompicones la escalera hacia la calle. Comienzo a correr para llegar antes. Se me seca la boca. Siento ganas de un trago. Noto un recipiente en mis manos. Me lo llevo a los labios sin parar de bajar los escalones. El olor pegajoso y la tromba de grumos plásticos entrando en mi boca me entona: es la lata de aceite.

Salgo a la calle escupiendo un bloque amarillo semilíquido ante mí. Me detengo con las manos en las rodillas.

El frío me corta en la cara y hace que me maree.

Basculando para no caer saco el gorro pasamontañas negro del bolsillo del abrigo y me lo coloco. Me incorporo y compruebo que está nevando con más fuerza que antes. Tampoco hay luz. El gris de Reykjavik filtra la nieve y se hace cada vez más gris, con lo que se hace también más difícil ver entre el aire brumoso. Ni siquiera puedo distinguir las luces navideñas que suelen salir doradas como espinillas en cada esquina.

Arriba, el humo que sale de la ventana de mi piso se mezcla inevitablemente con el gris del aire. Ella está ardiendo. Seguro que se retuerce en las fotos igual que cuando se retorció con mi pene dentro de ella, gimiendo que me corriera dentro cuando ella ya se había corrido. Había violencia en esos momentos, pero cuando explotaba

me atraía hacia su piel blanca con sus brazos calientes y me gustaba cuando me besaba despacio, muy despacio, en el cuello...

El jodido zumbido. Me llena los oídos. Casi no puedo oír otra cosa, es como una capa entre mi cabeza y el mundo, como un sonido de gas que no tiene fin y viene de todas partes. Tengo que irme. Me apoyo en un callejón y bebo un trago de whisky de mi petaca de reserva. Luego echo a andar todo lo rápido que puedo en medio de esta puta nieve.

Ahora siento más calor...

Tengo la lucidez suficiente para entrar en la primera pensión que veo y articular de memoria las palabras mecánicas que me inscriben para el plazo de una noche, quizá dos. Entro en la habitación y tiro el equipaje al suelo. Me siento en el borde de la cama sin quitarme nada y pego un trago para intentar tranquilizarme.

No se oye nada.

No puedo oír nada.

Es un silencio antinatural...

El sitio es sucio y probablemente huele mal. Miro a los desconchones del techo. Miro a las paredes. El sitio es tan estrecho que las paredes parecen avanzar hacia mí. Comienzan a girar y mi cabeza quiere irse contra la almohada. Estaría bien dormir. ¿Dormir? No quiero dormir. Cuando estaba abrazado a ella no conseguía dormir porque

no quería, porque no lo necesitaba... Ella prefería las camas grandes, pero decía que no le importaban los cuchitriles cuando estaba conmigo...

Tengo que salir.

Al salir me detengo en medio de la calle.

Siento la cabeza como si estuviera llena de vapor. Alguien está cocinando algo en ella.

Puede que la circulación sea fluida, que todo esté lleno de peatones, pero no los veo ni los oigo.

Hay un sonido uniforme como el de un glaciar inmenso o el de la profundidad del mar. Veo extraños barcos golpeados por el viento. Formas volando en el aire. Gigantes entre la niebla. La calle es una masa gris, un bloque inerte y gaseoso con el que se funden los edificios de granito. Echo a andar creyendo que no lo puedo atravesar. Paso los semáforos uno a uno como si fueran los postes de una valla interminable de metal.

El aire me acuchilla en los ojos. Las lágrimas desenfocan mi vista. Las nubes cubren los edificios grises. No para de nevar en medio del silencio. Sólo distingo luces sin forma. Probablemente el centro. La gente se agolpa y me aplasta y me sacude. A ella le encantaba comprar en Skólavörðustígur y se reía porque sabía que yo no, ayudándome a esquivar a la gente agarrada a mi brazo. Se apretaba cada vez más a mí...

Un autobús pasa a toda velocidad a mi lado justo cuando me detengo. Me quedo quieto en medio de los ríos de gente.

Parecen serpientes. Estaba mejor con ella, frotándonos desnudos las manos el uno al otro en el radiador...

Alguien cae de pleno en medio del tumulto. No se levanta y nadie le recoge. Es el centro.

Tuerzo por una calle con dolor en el estómago.

Me gustaba perderme en la ciudad con ella, sin prisa por dónde ir, recibiendo el viento...

Choco con las paredes. Algo me ruge en los oídos. Un hueco de niebla me deja ver una taberna desenfocada. Un ruido grave. Son dos cuervos negros picoteando en la basura. Entro.

Ambiente inglés o irlandés, para variar. Sitios como en los que ella quedaba con sus amigos. Le gustaba una especie de *cocktail* con lima, caribeño. Yo pido con toda la palma de mi mano cinco destornilladores en vaso pequeño y me voy al baño a vomitar parte de ellos antes de hacerlo en la barra. La limpieza estomacal de la dieta basura.

Vuelvo con la ropa mojada. Me dejo caer en la barra. Está sucia. Me siento en un taburete. Un paquete de cigarrillos a mi lado. Está vacío. El tabaco sigue prohibido en la Unión Nórdica, que yo sepa, y en este garito hay cámaras, como en todos. Aquí hay alguien que no mastica chicles de nicotina. Alguien toca mi hombro. Un tipo enorme, manco, muy

moreno, con perilla y melena recogida en coleta. Debe ser marinero o militar. Probablemente noruego.

Me habla pero no oigo nada. Por un momento parece como si de repente el tío llevara yelmo y cota de mallas. Entiendo que le suena mi cara. Ya empezamos...

Al otro lado de la barra una tía no para de mirarnos. Fijamente. Así lo hacía ella cuando se sentaba desnuda en la cama, con una copa entre sus piernas. Exactamente igual de inexpresiva. Nunca podía saber lo que estaba sintiendo, ni por dónde iba a reorientar la conversación si la había, ni si iba hablar, ni si quería algo en realidad... sólo me miraba. Luego sonreía...

Esta es rubia. Habla con el aire sin apartar la vista hasta que uno de los camareros se le acerca. Ella no le responde hasta que él no se acerca y le habla al oído. Ciega.

El manco me da una palmada en la espalda. Le miro fijamente y luego sonrío, señalando con la cabeza a la rubia.

— Esa tía no para de mirarte.

El manco me sonrío. Dice algo, baja del taburete y echa a andar tambaleándose con un vaso de cerveza en la mano.

Me bebo el último destornillador y pido un tequila. La música suena como un coro lento y lejano, al ritmo de un viento suave. Cada vez los gritos son más agudos. Cada vez más, hasta que dejan de parecer voces.

Me bebo el tequila de un trago. Una mano me sacude las tripas como una garra. La cara se me llena de sudor. El mordisco de un perro.

Un marine negro le suelta una hostia al manco. Uno de los vigilantes suelta a un enorme *pit bull*. Se rompe una botella. Yo cojo una de *bourbon* de la barra. La gente se funde en mejillas sudando. Puede que el manco pierda su otra mano. Salgo afuera con la botella dentro del abrigo.

En la calle, la nieve del suelo viene hacia mí y suelto ácido por la boca. Tengo la ropa mojada y me parece como si los edificios tapasen el cielo y escupiesen la fina nieve cuando miro hacia arriba y siento que algo tira de mí hacia el suelo. La gente debe de estar mirándome. Ese que pasa, me mira. Creo que ha dicho algo. Me da igual. No veo ni sus caras. Cuidado con la botella.

Ando empapado en sudor. Es un río de lava. Me funde la piel. La necesito. Desnúdame lentamente, como aquella vez. En medio de la nieve, desnudo y tú me abrazas. Quiero llorar. ¿Dónde estás?

No soporto el zumbido de los oídos. Deseo romper algo con fuerza para que el ruido me lo quite. La niebla se confunde con el metano que exhalan los coches y el ruido de los motores con la música cuando entro en un local cualquiera. Algo fuerte.

—Me llamo Marta.

Marta y sus dientes amarillos. Se abren una y otra vez para fumar todos los cigarrillos. Esto es un ambiente ilegal, claro está. Ella siempre sonrío. En sus labios leo "cien".

La mano me tiembla mientras sirvo el *bourbon*. Creo que por sus dientes se cuele el mal aliento. La habitación roja es un horno. No pienso parar hasta no dejar de sudar. Estoy dentro de un dragón. Ella me arroja su veneno sobre la frente, como un cuentagotas. ¡Muérdeme! ¡Cómeme! ¡Quiéreme hasta tragarte mi cuerpo! Siempre se lo pedía pero nunca lo hacía. Tú te movías con menos fuerza pero con más cariño. ¡Ven aquí! ¡Me basta solo con mirarte! Me dejo aplastar por las carnes de un gigante, ardiendo. Lo bueno es que para ser latina no tiene demasiado vello. ¡La melena de un lobo! ¡Dame latigazos con ella en la cara, asfíxame en tu sudor, ARÁÑAME, dame la vuelta a la piel, HAZME SALIR!!!

Se echa agua gritando al recibir mi semen, se le queman los labios. Me he meado.

Quiero salir de aquí.

No sé por qué... me mira así...

quiero... desnudarme...

siento metal fundido... en mi piel...

el zumbido... continúa...

el dolor... me duele...

ruido de tripas...

veo gigantes acercarse y alejarse...

su pelo negro... me rodea el cuello...
está... delante...
barcos de guerra...
zumbido de vapor...
el interior... de un géiser...
vomitar... más...
aaargh...
no...
puedo...
tumbar...
sólo...
la nieve...
me...
quemo...